

rialistas un lado de la línea de circunvalación; con tal motivo dispuso la salida de dos batallones y la marcha del 4.º y 2.º de lanceros por la izquierda de los republicanos para flanquearlos. Al comenzar este movimiento se apercibió Miramón de que fuerzas republicanas avanzaban por el lado del cerro de las Campanas, con el evidente designio de recuperar el Cimatario y para contenerlas envió al general Mendez con dos batallones y el regimiento de la Emperatriz.

Poco después se presentaba en el Cimatario la reserva del general Escobedo, avanzando para reocupar las líneas que antes perdieran los republicanos. Al notar éstos que los imperialistas tomaban la iniciativa, se detuvieron y formaron en batalla para resistirlos, distinguiéndose los cazadores de Galeana armados con carabinas de ocho tiros y mandados por el general Sóstenes Rocha.

En el combate, que fué de los más rudos, apareció el Cimatario cubierto de copos de humo blanco y centro de ruidosas detonaciones. Los imperialistas experimentaban mayores pérdidas, tanto por la superioridad del armamento de sus contrarios, cuanto por la posición dominante que éstos ocupaban; y fué tanta la pérdida de gente, que Miramón dió ordenes á sus batallones para retirarse sosteniendo el fuego.

Maximiliano, Miramón y Arellano quedaron sorprendidos con la llegada de fuerzas enemigas tan considerables, en momentos en que creían haber alcanzado un gran triunfo y en que estaban muy lejos de esperar que se agravase de pronto la situación.

El certero fuego de las alturas era irresistible y más elocuente que el ejemplo y las animosas palabras del Emperador; los imperiales volvieron la espalda; los republicanos avanzaron. Fuera de sí Maximiliano, no quería retirarse; permanecía en su puesto siendo el blanco de las balas y fué de admirar que no le hubieran siquiera tocado; tan solo á ruegos de Miramón y Salm consintió en retirarse; subió á su cabalgadura y á paso lento se dirigió á la Casa Blanca.

Los cazadores de Galeana perseguían á los imperiales que huían en desorden, de los que mataron más de doscientos cincuenta en la corta distancia que media entre el Cimatario y la Casa Blanca, donde los republicanos fueron detenidos por la batería montada entre las garitas del Pueblito y Celaya, volviendo á reocupar las líneas que en la mañana habían perdido sus camaradas.

A la marcha victoriosa de los republicanos no podían oponer los imperiales sino una débil reserva y la artillería que abrió sus fuegos desde la Alameda y Casa Blanca, á los cuales los republicanos no contestaron sino con algunas piezas de artillería mal colocadas, porque la mayor parte de sus cañones había sido capturada é introducida por los imperiales á la plaza; sin embargo, debió considerarse que éstos entraban á Querétaro en derrota, siguiéndoles de cerca los republicanos que ya casi se apoderaban de la Casa Blanca, deteniéndolos un violento fuego de metralla, aunque también barría á los imperialistas que aun no entraban á la línea atrincherada. Ese fuego unido al que hacían de la Alameda y

camino de Casa Blanca, detuvo por fin á los republicanos, que regresaron á sus antiguas paralelas que los imperialistas no habían tenido tiempo de destruir y recojieron casi intacto el convoy de municiones de guerra y boca que los sitiados no consiguieron introducir á la plaza; tampoco logró el populacho de Querétaro conducir todo el botín que en gran parte abandonó, por la pronta llegada de la caballería republicana.

Después de aquellos tan fatigosos combates, se retiraron los imperiales á sus respectivos alojamientos, en la Cruz y en los otros puntos, reanimando sus esperanzas las veintiuna piezas de artillería capturadas y alineadas en la plaza de la Cruz, ante las cuales sentían el caluroso entusiasmo que recordaba los primeros días del sitio y tenían la esperanza de que reverdecerían los laureles tan pronto marchitos, adquiridos en el Cimatario, contra diez mil republicanos que representaban los contingentes de Michoacán, Jalisco y Colima.

Las esperanzas en el regreso de Márquez disminuían diariamente; los sitiados iban perdiendo el ánimo al comprender que su único medio de salvación se alejaba cada vez más. En efecto, el general Márquez estaba ya imposibilitado para auxiliar de cualquier manera á los sitiados. Las tropas imperialistas padecían en Querétaro la más completa miseria; la terrible inquietud proveniente de esperar el regreso del general Márquez, debilitó la energía de los soldados. También el pueblo tenía hambre, pues faltaba el maíz y se habían agotado los efectos de primera necesidad, al grado de tener como alimento indispensable la carne de caballo y de mula, de cuyo efecto proveían los regimientos y la artillería del ejército, influyendo en la mortandad de los caballos y acémilas, la notable falta de pasturas.

Sin perder tiempo, los republicanos se pusieron á trabajar activamente para reparar el desastre, é hicieron marchar del Interior del país nuevos refuerzos con artillería que compensara las pérdidas sufridas en el Cimatario. Tres días después del memorable combate allí habido, empeoraba la condición de los sitiados, y para remediarla propuso el general Miramón otra salida.

Los que opinaban por el abandono de Querétaro, volvían á insistir en aquellos momentos que consideraban propicios; pero Maximiliano persistió en quedarse, tanto porque el honor militar no permitía abandonar la ciudad con la artillería de gran calibre y los trenes, cuanto porque no creía conveniente dejar entregados á su suerte, á los heridos y á los vecinos de una población que tan fiel le había sido.

También complicaba tan horrorosa situación la extraordinaria escasez de dinero; con suma dificultad se conseguía una parte de la cantidad necesaria para pagar las tropas, empleando los oficiales encargados de buscar recursos, medios de severidad contra las personas acomodadas. Todos los esfuerzos tendían á levantar la energía del ejército que se extinguía gradualmente. Para revivirla y dar al soldado algún entusiasmo, se apeló por los gefes sitiados á estratagemas

que, sin atender á las circunstancias, pudieran parecer indecorosas. Considerando probable la aproximación del general Márquez á Querétaro, el gefe de Estado Mayor, general Arellano, autorizaba con su firma y su carácter oficial, noticias falsas anunciando la llegada de los auxilios, tanto tiempo y con tanto ahinco esperados. No solamente los generales Miramón y Arellano propalaban esas noticias y garantizaban la exactitud de ellas, sino el mismo Maximiliano durante el último período del sitio las aceptaba, buscando obtener los resultados que se esperaban; inventábase el texto de comunicaciones que se decía eran recibidas de Márquez y Vidaurri, participando que pronto estarían sobre las tropas sitiadoras y aun informaban de la organización que habían dado á sus fuerzas. Tales comunicaciones finjidas, eran certificadas y publicadas por el gefe del Estado Mayor, para que lo contenido en ellas tuviese toda la fuerza de la verdad, y fueron celebrados los acontecimientos que se anunciaban, con repiques y salvas de artillería, estallando el entusiasmo que reanimó por algunos días las esperanzas, y retardó el desenlace de tan terrible y angustiosa situación para los sitiados. (1)

La prolongación de la defensa de Querétaro se debió á la esperanza que se abrigó en el regreso de Márquez, resistencia sostenida con pocos elementos y por el esfuerzo de los principales gefes, que poco á poco fueron sucumbiendo frente á un ejército cinco veces mayor y que disponía de toda clase de recursos.

Entre los sitiados comenzaban á escaparse en alta voz, palabras de profundo disgusto por carecer de sueldo y sentir el hambre, estando seguros ya muchos, de que Márquez no regresaría.

(1) Que se habían hecho preparativos para la salida definitiva es indudable; para ello mandó poner Maximiliano todos sus papeles y archivo en pequeñas balijas que debían llevar los húsares, atadas á los tientos de las sillas de montar; el mayordomo del Emperador se ocupó de este trabajo durante todo el día, á puerta cerrada. Los húsares y la guardia de corps mexicana, quedaron á las ordenes del coronel Salm para ello. Había que preparar todo para ese acto con el mayor secreto; para engañar á los habitantes y al enemigo, fueron reunidos por la tarde todos los cornetas en la plaza de la Cruz, tocaron diana y al mismo tiempo hubo repique de las campanas en todas las iglesias.

Miramón quiso, como medida preventiva, antes atacar al enemigo al pié del Cimatario, apoyándose en el general Castillo que había de simular un ataque sobre la garita de México. Con Miramón quedó la fuerza de Mendez, gefe que estaba conturbado por la frialdad con que le trataba Maximiliano.

El plan de Miramón era seguir inmediatamente sobre las alturas de San Gregorio y San Pablo, al Norte de la ciudad, el empuje que con tan buen éxito acababa de dar sobre el Cimatario. Su primer ensayo había destruído todas las dificultades; creyó que al medio día estarían ya flanqueadas las posiciones republicanas. El desastre para estas aparecía tan posible, que el general Escobedo había ordenado en su cuartel general de Pateo, que la artillería y los trenes estuvieran prestos para marchar y batirse en retirada hácia San Luis, si la reserva era batida según lo temían algunos oficiales republicanos que refirieron que en aquel día creyeron perdidas sus posesiones y llegado el desastre.

## III

(SITIO Y ASALTO DE PUEBLA.—COMIENZA EL SITIO DE MEXICO.)

El general Márquez en la capital del Imperio.—Impone el uno por ciento á todo capital.—Violenta la organización de las tropas.—Resuelve auxiliar á Puebla.—Sorprende este suceso á los imperialistas.—Movimientos del ejército de Oriente.—Sitia á Puebla el general Díaz.—Asalto del 2 de Abril.—Proclama que expidió el general Díaz.—Toma el general Márquez la vía de los Llanos de Apam.—Jornadas que ejecutó.—Recibe la noticia de la capitulación de Puebla.—Vacilaciones que tuvo.—Decide la retirada para la Capital.—Se interpone á su paso el general Lalanne.—Combate verificado en la hacienda de San Diego.—Se detiene Márquez en San Lorenzo.—Continúa su retirada batiéndose.—Abandona de pronto á sus tropas.—Esfuerzos del coronel Kodoliche.—El general Noriega es acusado de haber entregado la plaza de Puebla.—Publica este jefe su vindicación.—El general Márquez careció de autorización para marchar sobre Puebla.—Durante su ausencia quedó con el mando de la Capital el general Vidaurri.—Procura este reunir recursos.—Cunde el desaliento entre los partidarios del Imperio.—Estado anárquico de la Capital después de la derrota de Márquez.—Se retira del Ministerio el general Vidaurri.—Opina el general Portilla por llevar á Márquez ante un Consejo de guerra.—Conducta observada por los gefes europeos.—El hambre entre los sitiados.—Los coroneles austriacos celebran juntas para normar su conducta.

Llegado el 26 de Marzo de 1867 el general Márquez á la capital del Imperio, sin otro incidente que el haber encontrado una corta fuerza de republicanos en el lugar conocido con el nombre de "Puerto de los chinos," comenzó desde luego, con la actividad que le era genial, á dictar disposiciones en armonía con el carácter militar que llevaba. Supo que las fuerzas al mando del general Porfirio Díaz hostilizaban á Puebla, y se resolvió á marchar en auxilio de esta plaza con algunas tropas de las que guarnecían la ciudad de México. (1)

La presencia del general Márquez en la capital, sirvió de argumento para robustecer la creencia acojida por los imperiales, respecto al triunfo del Imperio en Querétaro, puesto que, si las operaciones militares no marcharan favorablemente, Maximiliano se habría visto imposibilitado de alejar de su lado á uno de los generales más distinguidos y de apartar una fuerza considerable. Además ¿cómo admitir que el general Márquez hubiese podido salir de Querétaro con sus tropas y llegar á México, si un ejército republicano suficientemente organizado se le hubiera opuesto? De aquí el entusiasmo de los amigos del Imperio y la seguridad que manifestaban en la consolidación del trono.

(1) Formaban el Estado Mayor del general Márquez en aquellos momentos las siguientes personas: segundo en jefe, el general D. Miguel Andrade; Mayor general D. Luis Arrieta; jefe de artillería, el teniente coronel D. Mauricio Graff, de los ingenieros el capitán D. Juan Alvarez; del parque el capitán D. J. M. Pevedilla; y funcionaba de comisario intendente, D. Luis G. Gutiérrez.

El mismo día 26 en que llegó á México el general Márquez, disponía á las ocho de la noche, que fuesen abandonadas Tacubaya, Texcoco, Chalco, Villa de Guadalupe y Chapultepec, disposición que causó gran sobresalto entre los imperialistas, pues creían firmemente que todo iba muy bien y no comprendían porqué se abandonaban puntos de tan fácil defensa, necesarios para proveer la ciudad y cuyo abandono abriría á los republicanos caminos para llegar á las garitas de la misma capital.

La concentración ordenada por Márquez, obedecía al proyecto que concibió de una pronta expedición á Puebla, al grado de que en aquel mismo día aun no instalada en la capital la fuerza que salió de Querétaro con Márquez, ya habían recibido los gefes de ella, órdenes de prepararse para entrar en campaña. Además, todos los europeos habían de ir á esa misteriosa expedición, cuyo objeto no se conocía en el público; los húsares rojos, el batallón Hammerstein, los gendarmes y la contraguerrilla Chenet, tomarían parte en el movimiento que generalmente se creía dirigido á verificar una reunión en Querétaro con las tropas que allí tenía Maximiliano.

En los momentos en que llegaba á México el general Márquez, la guarnición de esta ciudad ascendía apenas á dos mil quinientos sesenta y tres infantes, dos mil trescientos dragones, parte de ellos desmontados, noventa artilleros y un reducido número de ingenieros, de operarios y encargados de la ambulancia. En la línea fortificada quedaban abiertos y sin cuidar, grandes intervalos; faltaban los más indispensables puentes para comunicarse, los víveres y los forrajes eran escasos y no era posible que en aquellas circunstancias pudiera salir de la plaza la multitud que no tomaba parte en la defensa; era escasa la existencia de municiones, se carecía de la competente fábrica de pólvora y de la cantidad suficiente de los ingredientes necesarios para elaborarla, y aun la maestranza seguía paralizada por falta de recursos.

La ciudad de México estaba defendida por una muralla que la rodeaba, revestida de adobes, con un foso de cuatro metros de ancho y dos de profundidad, lleno de agua. La Ciudadela, que comprendía vastos edificios, estaba fortificada de la misma manera y tenía las trincheras mas altas. Los muchos pantanos que rodean la ciudad, impedían atacar por otros puntos que no fuesen las calzadas, también separadas entre sí por terreno fangoso en el que se abrieron fosos.

Para equipar y socorrer á las tropas habia impuesto el general Márquez desde el 26 de Marzo en que tomó el mando de la ciudad, el uno por ciento á todo capital, y cinco días despues salía para Puebla al frente de poco mas de cuatro mil hombres, encaminandose por los Llanos de Apam para evitar el paso de los desfiladeros de Rio-frio, donde era de suponerse, los republicanos le detendrían.

Se procedió con actividad y el día 29 la columna militar, formada con cuatro mil seiscientos hombres de las mejores tropas de la capital, se puso en marcha llevando dos baterías rayadas y una de montaña. El movimiento de aquella